







MÉDICOS

Dr. Laureano Albaladejo
Enfermedades del Pecho. Rayos X. Ozonoterapia, de 11 a 1.—San Lorenzo 22.
Dr. J. López Alemán
Del Instituto Rubio y Maternidad de Madrid. Matriz.—Embarazo.—Partos.—P. Fuxmarina 2. De 11 a 1. Teléfono 776.

Dr. Antonio de la Peña
Oculista del Hospital de San Juan de Dios (20 años). De 9 a 10 y de 12 1/2 a 1. Merced, 23.
Dr. Antonio Pérez Almagro
Cirujía general. Rayos X. Diatermia y corrientes. Azuqueca, 1, principal, derecha.
Dr. José Pérez Mateos
Garganta, Nariz y Oído, de 11 a 1.—San Nicolás 25 y 27.

Dr. Ramón Sánchez Parra
Del Hospital Provincial. Cirujía general. De 12 a 2.—Belgas, 11. Teléfono. 785.
Dr. Ángel Romero Elorriaga
Especialista.—Garganta.—Nariz.—Oído.—Rayos X. Alta Frecuencia.—Diatermia.—Alfaro 1 y Platería 57. Teléfono 504.
Dr. Emilio Sánchez Parra
Enfermedades de los niños. Fisiología. De 3 a 5. Belgas, 11. Teléfono. 577.



Cierran la puerta a las enfermedades: Reumas, Piedra, Gota, Lumbago, Ciática. En cualquier edad en que se hallen defendan su existencia contra el veneno ACIDO ÚRICO...

APROVECHAD los 200 años de experiencia de la Casa más antigua del mundo. ES LA MEJOR GARANTIA de la calidad de los productos. LAVAD vuestros dientes como vuestras manos LAVADLOS por la mañana y por la noche LAVADLOS después de cada comida con EL JABON DENTRIFICO GIBBS. La PASTA dentrificica GIBBS (a base de jabón) es la más EFICAZ. Tubo pequeño: Ptas. 1,25 grande: 2,00. Los CEPILLOS de dientes GIBBS son PERFECTOS. El afeitarse es un PLACER con el Jabon GIBBS (a base de Cold Cream). No se seca en la cara y de usarlo se realiza una economía de 20 a 25 % sobre los demás jabones de afeitar. ¡DESCONFIAR DE LAS IMITACIONES!

CANAS. INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colónica «LA CARMELA». Depósito, Luis Onate. Venta en todas partes y autor N. López Caro, Cortes, 574, Barcelona, y

¿CALLOS? ¿GUANTOS MÁGICOS tres días. Es radical. OFICIALA LEA USTED nuestra edición de la tarde. FERRO-QUINA BISLERI. ESANOFELE. Tejidos y Pañería. NOVEDADES PARA CABALLEROS. Antiguo pañería de las Cuatro Esquinas. Trapera, 46.

“AIGLON” AUTO-OIL. GARAGE HISPANO SUIZA, López Puigcerver, 16. GARAGE VICTORIA, Subida del Puente. GARAGE ADRIAN VIUDES, Saicillo y Carretera del Palmar. BRUGAROLAS y CIA. Exposición MOON, Sociedad, 4. EXPOSICIÓN RENAULT, Plaza de Santa Gertrudis.

¿QUIERE VD. UN BUEN NEGOCIO? Se vende acreditado establecimiento dedicado a hospedaje, comidas y bar. Casa fundada en 1908. Informes: Don Antonio López Ayala, Sociedad, 1, pral. Murcia. Indicador económico SECCIÓN ESPECIAL POR PALABRAS De una a ocho palabras, 30 céntimos. Cada palabra más, 5 céntimos.

ALQUILERES. Se alquila en Los Alcázar, casa amueblada, orilla al mar, sitio céntrico. Informes: Sagasta, 65.—Murcia. FUNERARIAS. Soturnino López.—Crédito Público, bajos LIBERAL, Teléfono 188. PERSIANAS. Tejidos de hilo, las mejores casa Fuster, Sociedad, 17, teléfono 449. VENTAS. Motocicleta Indian, sidecars, 1.300 pesetas. Ford turismo último modelo, 2.450 pesetas. ARRONZ, Plaza Toros. VARIOS. Secretarios Ayuntamiento.—Preparación. Textos. Academia Matritense, Ruiz, Madrid.

Fábrica de anisados, licores y jarabes de R. BERNAL GALLEGO sucesores de Juan Bernal hijo.—Especialidad en Jarabes y Anisados finos y corrientes.—Pídase catálogos.—En primer premio en Exposiciones nacionales y extranjeras. PEDID SIEMPRE LECHE CONDENSADA LOS PIRINEOS. Calidad, cantidad y precio como ninguna otra. Garantía absoluta de pureza y conservación. GUERNICA (Vizcaya). Representante general para Valencia, Murcia, Castellón y Alicante Don Juan de Austria Francisco Martínez Vivas, número 13, Valencia. PUNTOS DE VENTA:—En Murcia, almacenes de don Manuel Iniesta, calle del Pintor Villaci, y don Jesús Sevilla, plaza de Ceballos, número 17.—En Alcantarilla, almacenes de Pedro Cascales.—En Palmar, almacenes de don Angel Bernal.

LA MAQUINISTA DE LEVANTE DE LA MANCOMUNIDAD MIGUEL ZAPATA E HIJOS LA UNION-CARTAGENA (CASA FUNDADA EN 1880) Grandes Talleres de Fundición, Calderería, Maquinaria y Electricidad

SEÑORAS: El flujo y enfermedades de la matriz DR. VALLEY se curan con las irrigaciones del. Usadas por higiene y para evitar contagios. PERDIDA de un capazo que contiene dos telas pequeñas de ropa. Gratificar casa de don Claudio Hernández Ros, a quien lo presente. ESQUELAS SE RECIBEN EN LA ADMINISTRACIÓN E IMPRENTA DE EL LIBERAL DE MURCIA HASTA LAS TRES DE LA MADRUGADA

FOLLETTIN DE «EL LIBERAL» (145) Piquillo Allaga. Los moros durante el Reinado de Felipe III. EUGENIO SCRIBE. diciones dependerá entonces de vuestra conducta. Si ésta es como debe ser, conquistaréis y disfrutaréis del favor de Su Majestad; si tuvierais la osadía de rebelaros contra la autoridad real... ¡Libreme el Cielo! —Las pruebas de vuestra rebelión primera no ha de tener súbdito más fiel, más adicto ni más sumiso. —Muy bien. Voy a dar cuenta al Rey de nuestra conversación. Santarén quedó encerrado en una estancia más elegante y aireada, más agradable y cómoda, en una palabra, donde esperó con más paciencia que antes su libertad definitiva. Después de estos pasos previos fué cuando el duque de Lerma se presentó a Aixa, con el resultado que hemos tenido ocasión de apreciar. El Rey, aunque lamentando los aplazamientos que forzosamente había de sufrir la realización de sus anhelos, no podía menos de hacer justicia a la habilidad, al talento de su Primer Ministro. Dicho se está que la idea del matrimonio no le era muy grata, que hubo de vencer grandes repugnancias antes que a ella se amoldó, pero en caso contrario hubiera tenido que renunciar a Aixa, ya que, el medio único que al país podía llevarla, era enzarzarla, colocarla en una posición elevada. Consolábase, sin embargo, la idea de que, por lo mismo que se trataba de un matrimonio de conveniencia, Aixa no amaría nunca al marido impuesto a quien ni conocía siquiera. Además, un marido sobre cuya cabeza pesaba una sentencia de muerte, un marido que según la docilidad de que diera pruebas podía ser llevado al cadalso o al patíbulo parecía ser herida combinación diplomática, y no podía menos de admirar el talento y la inventiva prodigiosa del Ministro en cuyos manos había puesto las riendas del gobierno de España. No se dormía el duque de Lerma sobre los laureles conquistados. Lejos de abandonarse a la confianza, siempre peligrosa, consiguiente a la victoria, racelaba constantemente de las maniobras solapadas y diestras de la Condesa, y aunque entre ellos mediaba algo así como una tregua tácita, ni descuidaba la defensa, ni dejaba de estar con el escudo embrazado y alta la espada. Ejército de espías rondaban los alrededores del palacio de Altamira; no daba un paso la Condesa que no fuera atisbado; nadie entraba en su palacio, nadie salía sin que fuera objeto de activa vigilancia. Expiraron los diez días de plazo exigidos por Aixa. A la hora misma que la vez primera, se oyó el pesado rodar de la carroza del Duque y se presentó éste en el salón. Aixa y Carmen acababan de llegar y por lo que a la Condesa atañe por nada del mundo hubiese faltado la entrevista. —Vengo, señora—dijo con exquisita figura el Duque,—a saber vuestra decisión. —Lamento con toda mi alma, señor, el haber tenido tantos días esperando a Vuestra Excelencia. —Poco importa, señora, si las noticias que vais a darme son buenas. —En el sentido que Vuestra Excelencia se digna darme, no lo son... toda vez que, después de haberlo pensado con el detenimiento que la gravedad del asunto requiere... me voy en el caso de rehusar... —¡Rehusar!—exclamó la Condesa, sin poder contenerse. —Sí, señora—contestó Aixa con frialdad. No podía la Condesa explicarse la conducta de la doncella; pero vió al Duque desconcertado, echados por tierra sus proyectos, y como tal lo aceptó, sin importarle las causas a las que fuera deudora de su victoria. Posó sobre su enemigo una mirada de júbilo infinito, que no tardó en atenuarse, al observar que el Duque no parecía tan humillado como ella esperaba. —El de Lerma contemplaba a Aixa con calma y sonriendo con ligera expresión burlesca. —No dudo que la señora, en estos días, habrá pesado todas las razones en pro y en contra del matrimonio que he tenido el honor de proponerle; pero sospecho que habrá olvidado algunas que acaso la hubieran inducido a dudar, si no a aceptar. —No lo creo—contestó Aixa. —Y yo me permito asegurarlo. Si la señora me autoriza, no para hacerlas valer, sino únicamente para recordárselas, seguro estoy de que ahora mismo modificará su resolución. —No acostumbra la señora modificar sus resoluciones—terció la Condesa con acento burlesco. —Mucho me temo, señor Duque, que por esta vez, haya fracasado definitivamente vuestra negociación pese a vuestra habilidad y talento reconocidos. —Siento no poder compartir vuestros temores, señora Condesa—replicó el Ministro con gravedad. —Si la señora Aixa me hace el honor de concederme una entrevista particular... —¡Cómo, señor Duque!—exclamó como escandalizada la Condesa. —Mi edad me hace poco peligroso. Además, la conferencia no durará más que muy contados minutos. Seguro estoy del consentimiento de la señora...

Aixa contempló al Ministro como vacilante, y al fin, haciendo una seña a Carmen, contestó al de Lerma: —Estoy a vuestras órdenes, señor. Carmen se retiró llevándose a su tía y dejando a Aixa a solas con el duque de Lerma. Conforme prometiera éste, la conferencia apenas si duró quince minutos. Cuando terminó, y se despidió de la joven la mirada más perspícaz no hubiera podido leer en su rostro impasible la vergüenza de la derrota o la alegría del triunfo. Saludó respetuosamente a las dos damas, y desapareció. Carmen y la Condesa entraron precipitadamente en el salón. Aixa, pálida, descompuesta, bajos los ojos, inmóvil como una estatua, y dando pruebas de un estupor inconcebible, ni las oyó entrar. —¡Aixa... mi querida hermana!—gritó Carmen.—¿Qué te pasa? —¡Déjame...! ¡Déjame... por favor! —¡Refiéreme a mí, a mí sola, lo que te ha dicho! —¡No puedo, hermana mía, no puedo! Queriendo, sin duda, ahuyentar ideas sinias tras que la atormentaban, pasóse una mano por la frente, llevó la otra al corazón, y como si en éste hubiera encontrado nuevos bríos, dijo con firme entonación: —¡Es preciso! ¡Debo hacerlo! ¡Me casaré con el señor duque de Santarén!

que no parecía tan humillado como ella esperaba. —El de Lerma contemplaba a Aixa con calma y sonriendo con ligera expresión burlesca. —No dudo que la señora, en estos días, habrá pesado todas las razones en pro y en contra del matrimonio que he tenido el honor de proponerle; pero sospecho que habrá olvidado algunas que acaso la hubieran inducido a dudar, si no a aceptar. —No lo creo—contestó Aixa. —Y yo me permito asegurarlo. Si la señora me autoriza, no para hacerlas valer, sino únicamente para recordárselas, seguro estoy de que ahora mismo modificará su resolución. —No acostumbra la señora modificar sus resoluciones—terció la Condesa con acento burlesco. —Mucho me temo, señor Duque, que por esta vez, haya fracasado definitivamente vuestra negociación pese a vuestra habilidad y talento reconocidos. —Siento no poder compartir vuestros temores, señora Condesa—replicó el Ministro con gravedad. —Si la señora Aixa me hace el honor de concederme una entrevista particular... —¡Cómo, señor Duque!—exclamó como escandalizada la Condesa. —Mi edad me hace poco peligroso. Además, la conferencia no durará más que muy contados minutos. Seguro estoy del consentimiento de la señora...

Aixa contempló al Ministro como vacilante, y al fin, haciendo una seña a Carmen, contestó al de Lerma: —Estoy a vuestras órdenes, señor. Carmen se retiró llevándose a su tía y dejando a Aixa a solas con el duque de Lerma. Conforme prometiera éste, la conferencia apenas si duró quince minutos. Cuando terminó, y se despidió de la joven la mirada más perspícaz no hubiera podido leer en su rostro impasible la vergüenza de la derrota o la alegría del triunfo. Saludó respetuosamente a las dos damas, y desapareció. Carmen y la Condesa entraron precipitadamente en el salón. Aixa, pálida, descompuesta, bajos los ojos, inmóvil como una estatua, y dando pruebas de un estupor inconcebible, ni las oyó entrar. —¡Aixa... mi querida hermana!—gritó Carmen.—¿Qué te pasa? —¡Déjame...! ¡Déjame... por favor! —¡Refiéreme a mí, a mí sola, lo que te ha dicho! —¡No puedo, hermana mía, no puedo! Queriendo, sin duda, ahuyentar ideas sinias tras que la atormentaban, pasóse una mano por la frente, llevó la otra al corazón, y como si en éste hubiera encontrado nuevos bríos, dijo con firme entonación: —¡Es preciso! ¡Debo hacerlo! ¡Me casaré con el señor duque de Santarén!